



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13314

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIERCOLES 4 DE ABRIL DE 1906

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Calma aparente

La política atraviesa un período de aparente calma.

Cerradas las Cortes; fija la atención en el viaje que realiza el Rey por las islas Canarias; atraído hacia la Conferencia de Algeciras el interés de la nación, todo está suspenso en espera de que regrese el soberano y se desarrolle la cuestión política conforme á los patrones que ya tienen cortados los que en esas cuestiones de la cosa pública tienen grande y directo interés.

Se habla de crisis. Se afirma que aquella tantas veces prometida y que se resolvió de modo tan extraño que habiendo dimitido todos los ministros no salió ninguno, fué un compás de espera, un aplazamiento á que las circunstancias obligaron, pero que habrá de resolverse pronto porque ya es imposible contenerla.

Y con este motivo vuelve sobre el tapete otra cuestión: la de disolución de Cortes há tiempo acariciada por el señor Moret y á la cual conserva gran cariño porque no la ha olvidado.

¿Logrará el presidente del consejo el decreto de disolución si es cierto que se atreve á pedirlo? Si lo logra no será á gusto de amigos ni adversarios. Entre los primeros tiene el asunto muchos enemigos. Entre los otros todos son contrarios.

Esto es comprensible. ¿Cómo han de ser serenamente la disolución de las Cortes los que en ellas están por la influencia del cacique ó por las relaciones de tal ó cual ministro que les hizo entrar en el encasillado?

Lo que dicen ellos: El partido debe gobernar con estas Cámaras porque es sobrado fuerte para realizar las reformas que ofreció.

Soñaba el ciego que veía; y soñaba, porque sin desmentir á los señores que tal dicen, no hay más que echar una ojeada á la cuestión política para ver

que está plantada contra los liberales. ¿Se puede alardear en el presente instante de fuerzas ni de votos? ¿Es que no tienen ojos para ver el fenómeno que se está elaborando y que pondrá en toda ocasión al partido gobernante en dependencia del otro partido, del que acaudilla Maura?

Desde que empezaron á funcionar las Cortes no han perdido nada las fuerzas mauristas; al contrario, han ganado. Eran al principio en el Congreso más de cien diputados hechos una pifia; y se han aumentado con los amigos de Romero Robledo.

Más son los liberales, es verdad, pero de distintas parroquias, cada una con su cura y todos exigentes, tratándose de potencia á potencia y con tal fuerza todos, que cualquiera de ellos puede darse el gustazo de echar á rodar la situación en el momento que le venga en gana.

En cambio los de enfrente tienen un pontífice que se entiende con los feligreses sin necesidad de intermediarios. Para mirarlo hay que elevar la vista y como ninguno de los suyos tiene la pretensión de estar tan alto como él, le acatan y obedecen en todo, dando un ejemplo tal de disciplina que no se había dado otro semejante desde que dirigía la política conservadora el señor Cánovas del Castillo.

El señor Moret pensará bien ó mal para los suyos pensando en disolver las Cortes; pero el hecho de abrigar ese propósito lo acredita de listo y perspicaz. Sabiendo por donde ha de venir la muerte trata de evitarlo.

Podrá ó no conseguirlo, pero indudablemente insistirá. Si lo consigue podrá afianzarse en el gobierno y desarrollar el programa tantas veces ofrecido y aún no verificado. Si no lo logra, vivirá algunos meses más templando gaitas, descontentando á todos, sin dejar de su paso por el poder otra cosa que un desengaño más para el país.

En eso se trabaja. No se ve la obra pero se adivina. Sin embargo, la política atraviesa un período de calma.

Pero esa calma es aparente.

## TIJERETAZOS

Se trata de un viaje por mar y dice el cronista que el lento descender de las anclas indica que el buque va á entrar en el puerto.

¿Cál No señor. Cuando las anclas descienden hacia el fondo ya está el buque dentro.

En cuanto á que desciendan lentamente... tanto valdría hablar de la lentitud de la electricidad.

Como rayos descienden, compañeros.

Entérese usted bien.

Leemos:

«El notición del día en el mundo financiero es la detención del millonario yanqui vicepresidente de la compañía de seguros New York Life, Mr. Jorje W. Perkin, socio de la archipoderosa casa bancaria de Morgan y Compañía.»

¿Millonario y llevado á la cárcel?

Pero tengan ustedes en cuenta que el suceso ha pasado en Yanquilandia, que es donde ocurren las mayores rarezas del mundo.

¿Pero no habíamos quedado en que en el extranjero no se daban casos de que nadie se quedase con dinero ajeno?

Pues oigan este parralito:

«El efecto que producen en Londres los escándalos descubiertos en la administración de las grandes compañías de seguros, norteamericanas, es estupendo.»

Vamos, en todas partes cuecen habas.

Por cierto que nos deja llenos de admiración.

Como aquí se habla tanto de inmoralidad, habíamos llegado á creer que éramos solos.

Y ahora resulta que cualquiera nos gana.

Leemos:

«Un corresponsal en Roma del gran periódico *New York Herald* me aseguraba esta mañana que los principales órganos de la Prensa norteamericana han organizado una campaña verdaderamente sensacional.

Sugieren y piden á su gobierno este soberbio rasgo de generosidad: prestar las islas Filipinas á España, con ocasión del próximo matrimonio del Rey Alfonso XIII con la princesa Ena!»

Se agradece el recuerdo, pero con él basta.

No pasen ustedes adelante.

Porque de esa colonia se puede decir plagiando al Tenorio:

Imposible le hais dejado para vos y para mí.

Y ¡qué demontre! si resulta pesadilla la carga no hay más que apretar.

## LOCOMOCION VELOZ

Labouchère decía no hace muchos años: «Al paso que vamos, dentro de poco el mundo será casa de vecindad, y no muy holgada.»

En efecto, los hombres la empujamos á toda prisa. Cuando la locomoción terrestre debía atenerse á la velocidad de los motores de sangre y la navegación no había pasado del remo y la vela, podíamos hacernos la ilusión de que la Tierra era muy grande; era dable creer que jamás un hombre podría conocerla por entero.

Se viajaba únicamente de día y las noches se pasaban en las fementidas posadas que se encontraban á cada etapa. Durante el día la galera avanzaba despacio, con calma majestuosa sin otro riesgo que el de ser sorprendida por una pandilla de forajidos, quienes por regla general se limitaban á limpiar los bolsillos de los viajeros. Pasar de España á Italia ó Alemania parecía empresa asequible tan sólo á un hombre de redaños; llegar á Rusia ó á Tierra Santa constituía una verdadera hazaña.

El que marchaba á las Américas se despedía de sus deudos y amigos como para no volver, y las fragatas y los bergantines tardaban sesenta, ochenta, cien días en atravesar el Atlántico, Marco Polo, Ali-Bey, Humboldt adquirirían proporciones legendarias por sus exploraciones y travesías inauditas.

Cuando las primeras locomotoras corrieron por los rieles á veinte kilómetros por hora y los vapores cruza-

ron las aguas á despecho de las calmas y de los vientos contrarios, el asombro y el entusiasmo fueron generales y nadie imaginó que se pudieran alcanzar mayores velocidades.

¡Cuán lejos están las máquinas del Chicago-New-York, que arrastran trenes de 2.000 toneladas, de la locomotora de madera de Stephenson! Y ¡cuán distintos los primeros buques ideados por Fulton del *Caronia* y el *Carmania*!

Atravesar el Atlántico en cinco días y algunas horas parece en la actualidad todo lo que es posible lograr en materia de rapidez, y correr sobre la capa terrestre á razón de 211 kilómetros por hora como lo hace el ferrocarril alemán que va de Berlín á Marienburg, se les antoja á muchos un verdadero colmo.

Pues bien, los trasatlánticos de la Cunard y los modernos directísimos están amenazados de representar dentro de poco un papel parecido al que las galeras y urcas representaron al inventarse los ferrocarriles y los vapores.

Vive en los Estados Unidos un ingeniero, Alberto C. Rider, inventor de los trolleys subterráneos de los tranvías de New-York, que afirma que por medio de un nuevo motor alcanzará una velocidad de 130 á 150 millas por hora. Cada milla inglesa equivale á 1'6 kilómetros.

Una columna de agua sirviendo de hélice, hé aquí en pocas palabras el principio de la nueva invención. Los gases producidos por las explosiones se precipitan dentro del tubo de agua y ésta se lanza fuera del tubo, y este impulso basta para hacer dar un gran avance á la nave. No hay que añadir que el mecanismo está dispuesto de modo que el tubo que ha quedado vacío se llena instantáneamente de agua y que la continuidad de las explosiones está asegurada.

Según el Sr. Rider, los cilindros pueden producir hasta 3.000 revoluciones por minuto; pero bastarán 50, y dos cilindros bastarán para impulsar una embarcación pequeña y doce ó catorce cilindros pondrán en marcha un gran vapor.

Una velocidad como la que se anuncia haría que la distancia entre América y Europa se acortara hasta el

lo que poética y familiarmente llamamos «amor»; pero el sentimiento que se desarrolló de repente en mi doble naturaleza, no lo he encontrado descrito en ninguna parte, ni en las frases retóricas de J. J. Rousseau, cuyo cuarto tal vez ocupaba, ni en las trías concepciones de nuestros dos siglos literarios, ni en los cuadros de la Italia. Algunos temas de Rossini, la *Madona de Murillo*, que posee el mariscal Soult, las cartas de la Lescombat, algunas palabras esparcidas en las colecciones de anécdotas, pero sobre todo las piegarias de los estéticos, y algunos pasajes de nuestros romances, pudieron é o transportarme á las divinas regiones de mi amor.

Nada existe en los idiomas humanos, no hay traducciones de un pensamiento hecho con el auxilio de los colores, de los mármoles, de las palabras ó de los sonidos, capaces de retratar el nervio, la verdad, la pureza de aquel sentimiento de alma. Si, quiza dice arte, dice mentira.

El amor pasa por infinitas transformaciones antes de mezclarse para siempre á nuestra vida y teñirse con su color de llama. El secreto de esta infusión imperceptible se escapa al análisis del artista. La verdadera pasión se explica por medio de gritos, de suspiros estojosos para el hombre frío. Conviene leer un libro de amor como «Clar-

cada y fina, bosquejaba suavemente los contornos con la fascinadora.

Aquello era ya más que admiración, un deseo; más que un encanto, una fatalidad.

Con frecuencia al volver á mi guardilla, veía distintamente á Feodora en su casa y participaba vagamente de su vida. Si ella sufría, yo también, y le decía al día siguiente:—¿Cuánto habéis padecido!

¿Qué de veces se me ha aparecido en medio del silencio de la noche, evacada por el poder de mi éxtasis!

Ya repentina como una luz que brota del seno de las tinieblas, me hacía saltar la pluma y aluyentaba la ciencia y el estudio que huían desolados para inducirme á que la admirase: tomaba la actitud encantadora en la que hab'a visto otras veces. Tan pronto me adelantaba á ella en el mundo de las expansiones y la saludaba como una esperanza, pidiéndola que me hiciese oír su voz argentina, y después me despartaba llorando.

Un día, después de haberme prometido ir al teatro conmigo, le rehusé caprichosamente, y me pidió la dejase sola. Desesperado por un contratempo que me costaba un día de trabajo, y lo diré... mi último escudo, me dirigía á donde debíamos haber ido para ver la pieza á que Feodora había deseado asistir.

Te dispensaré la molestia de oír la explicación de mis primeras visitas á Feodora, para llegar pronto al drama.

Procurando dirigirme á su alma, traté de grangearme su voluntad, aspirando á que mi amor la convenciera. A fin de ser amado con extremo, la di una porción de razones para que se amase más á sí misma. Nunca la dejé en un estado completo de indiferencia: las mujeres quieren emociones á toda costa, y yo se las prodigaba: habiera preferido encolerizarla antes que verla desdichosa.

Si animado al principio de una voluntad firme y del deseo de ser amado, adquirí sobre ella algún ascendiente, crecí mi pasión en breve y no fui dueño de mí mismo, me enamoré perdidamente. No sabré decirte á punto fijo